

juicio tan precoz, que su padre, cargado de numerosa familia no pudo oponerse al proyecto que su hijo le había confiado de ir á Roma á continuar sus estudios musicales. El padre se lo concedió; pero al mismo tiempo se vieron en grande apuro para que hiciera el viaje. ¿Cómo había de ir solo y sin socorro alguno desde la capital de Austria á la del mundo católico?

Otro que no hubiera sido un joven predestinado á grandes cosas, hubiera renunciado á este proyecto, hallándose privado de los primeros recursos: pero Gluck no desistió de su empeño.

Una tarde que acababa de rezar su rosario, segun tenía por costumbre, llamaron á la puerta de la modesta habitación de sus padres. Era el maestro de capilla de San Estéban de Viena, á quien habían encargado ir á Italia á formar la colección de las obras sagradas de Palestina, y venía á pedir al padre de Cristóbal que le permitiera llevar á su hijo en calidad de secretario.

Fácil es de presumir la alegría con que escucharía el joven aquella petición, y mucho más cuando oyó dar á su padre el consentimiento. Pocos días después estaba caminando hácia Italia, y durante los veinte años que permaneció en este país, cumplió exactamente con la promesa que había hecho, al hermano Anselmo.

Cuando de vuelta en Viena, y más adelante, cuando se halló colmado de honores en medio del fausto y magnificencia de la corte de Versalles, tenía Gluck sobrada entereza para arrancarse de un espléndido banquete y dirigirse á un rincón de Palacio, donde se le admitía lo mismo que al primer magnate, para rezar su rosario cotidiano que él llamaba con mucha candidez *el breviario del músico*.

La burla de un avaro.

El anciano Thomas Kocker, de West Superior Wisconsin (América del Norte) era uno de esos avaros que la más exaltada imaginación no pudiera imaginar.

Días atrás sus vecinos, al notar que el miserable no salía de su casa, sospecharon que á Kocker le había ocurrido alguna desgracia.

Derribaron la puerta y encontraron al avaro muerto en su lecho, entre dos filas de monedas de oro e infinidad de billetes de Banco.

En la mesa de noche se veían valores públicos de varias clases, bonos del Tesoro y títulos hipotecarios por valor de 35,000 duros.

Pero sobre el mismo mueble se halló un testamento que hizo temblar al coroner y luego á los herederos de Kocker.

El maldito Arpagon disponía en su última voluntad que todas sus riquezas en valores y en dinero fuesen quemadas en unión de su cadáver.

Los herederos han impugnado el documento en cuestión y esperan que los tribunales no arrojarán al fuego la fortuna que les corresponde.



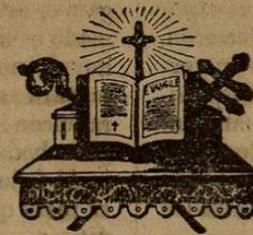
DEFUNCION

El día 10 del corriente, falleció en esta ciudad, repentinamente, el Sr. Maestro Escuelas Dr. D. Miguel Baz. El cabildo metropolitano, á cuyo seno perteneció desde 1875, lamenta tan gran pérdida, pues desempeñó con satisfacción del cuerpo, muchas comisiones y encargos con que le honró. El Seminario Conciliar de que era Rector, siente su muerte con justicia, así como las oficinas, y cuerpos eclesiásticos, cuyas juntas presidió.

R. I. P.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Ant. Imp. de N. Parga.—D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, JUNIO 8 DE 1892.

NUM. 11.

SECCION III.—VARIEDADES.

DISCURSO

Pronunciado por el Obispo de San Luis Potosi en la Sta. Iglesia Catedral de Monterrey, el 8 de Mayo de 1892, con motivo de la imposición del Palio al primer Arzobispo de Linares, D. Jacinto Lopez.

Vocavit duodecim et ait illis: si quis vult primus esse, erit omnium novissimus et omnium minister.

Llamó á los doce y les dijo: si alguno quiere ser el primero será el postrero de todos, y el Siervo de todos.

Marc. IX, 34.

ILUSTRISIMOS SEÑORES (1)

No mucho después de su gloriosa trasfiguración, caminaba Jesús hácia Cafarnaum seguido de inmensa muchedumbre, entre la cual descollaban sus discípulos, y en especial los doce favorecidos. Tres de los últimos habían sido testigos de los milagros del Tabor; y aunque los demás lo ignoraban, veían no obstante con cierto respeto, quizás no del todo exento de

(1) Los Ilmos. Sres. Arzobispo de Guadalajara, que oficiaba de pontifical, y Arzobispo de Linares que asistió en el trono.

envidia, á aquellos varones privilegiados aun entre los amigos de Jesús. Uno de ellos era Pedro, á quien el Señor había ya prometido las llaves del reino de los cielos, y que sus compañeros presentían iba á ser declarado su jefe. El otro era Juan, mirado siempre con predilección por el divino Maestro, y cuya prerrogativa de singular castidad lo hacía venerable, á pesar de su juventud, aun á sus émulos. El último era aquel Jacobo, tan impetuoso y tan lleno de celo, que no en vano mereció el renombre de *Hijo del Trueno* con que lo habían de distinguir todas las generaciones.

¿Quién de estos había de ser el primero en la tierra y después en el reino de los cielos? ¿Era superior el casto joven al prudente anciano? ¿Obtendría el fogoso varon el primado, á pesar de las promesas hechas al uno, y la predilección que el Maestro mostraba por el otro? ¿O no obstante los privilegios singulares á los tres concedidos sería superior alguno de los nueve restantes? ¿El tesorero Iscariote, no parecía por su habilidad en los negocios digno de ser el Príncipe del Apostólico Senado? ¿No sería más á propósito que el pescador Simon, el publicano Mateo, experto en el manejo del dinero, concedor de los profanos, querido de los que estaban en el poder, y lo habían agraciado con el empleo de alcahalero? ¿No gobernaría mejor la Iglesia el ascé-

tico Andrés, ó alguno otro de los primeros discípulos de Juan el Bautista?

Tal era la conversación con que aligeraban las fatigas del camino los discípulos del Salvador, y tanto se enardecieron, que la discusión vino á convertirse en verdadero altercado *in via inter se disputabant quis eorum major esset*, y cuando al llegar al término de la jornada, les preguntó el Señor, que habían ido tratando en el camino, ellos callaron avergonzados *illi tacebant*.

No había menester Jesús de la confesión de sus discípulos; y á pesar de su silencio, respondió con dulzura y firmeza á sus ocultos pensamientos, enseñándoles que el verdadero apóstol no debe buscar el primado sobre sus colegas en la misión sagrada de predicar el Evangelio, ni empañar los timbres de su sacerdocio con la ambición ó sed de gloria propias de los mundanos. Para ser el primero, les dice, es menester ántes ser el último y no sólo en apariencia sino en verdad. En el reino de Cristo para obtener el mando es preciso ser el siervo de todos y para elevarse hasta los cielos es fuerza primero echar profundos cimientos de no fingida humildad: *si quis vult primus esse erit omnium novissimus, et omnium minister*.

Al ver, venerable arzobispo de Linares, los nuevos honores inesperadamente acumulados sobre tu cabeza han resonado en mis oídos aquellas palabras de Jesúscristo. Mi pensamiento ha volado á la época todavía no lejana, en que tuve que correr á tu antigua residencia, casi para dar una disculpa porque tu nombre se había hecho llegar hasta el Sumo Pontífice, como digno de ocupar una silla episcopal; tanto te asustaba la prelación! He admirado la Providencia; que sin que tú en ello soñaras, te elevó al rango de primero entre tus iguales haciendo que para tí se creara una nueva provincia. He visto, por último la recompensa de tu humildad en estos homenajes que tan espontáneamente y con tanto gusto han venido á rendirte, el anciano Metropolitano de Gua-

dalajara, tu antiguo jefe y decano del episcopado de México; este tu predecesor en la Sede de Linares y ahora tu sufragáneo, este pueblo fiel que tan entusiasmado se muestra; esta nuestra iglesia, que hoy de nuevo reviste los atavíos de esposa para salirte al encuentro con la lámpara encendida y renovar contigo sus místicas bodas.

Al felicitarte por tus nuevos honores, es justo que diga á tu pueblo lo que significan, y que llame su atención á la nueva insignia con que vas á ser condecorado. A esto se reducirá mi discurso.

I.

Siempre que un prelado inaugura sus funciones episcopales, ya sea recibiendo la unción sagrada, ya sea ascendiendo á un trono más alto, las conocidas palabras de S. Cipriano acerca del episcopado universal, vienen espontáneas á la mente del orador cristiano, y por trilladas que sean y conocidas de su auditorio, por mucho que el mismo las haya repetido, siente la imprescindible necesidad de pronunciarlas una vez más, de meditarlas profundamente, de inculcar á sus oyentes su sublime significación.

¿Qué cosa más bella, en efecto, que ese episcopado que es uno solo y el mismo en toda la Iglesia, y del cual todos los prelados esparcidos por el orbe, gozan una porción, pero siendo solidarios de ese principado universal y disfrutándolo todos de mancomún, *episcopatus unus est, cujus á singulis in solidum pars tenetur*? Esta solidaridad es indispensable para que se conserve la unidad que tan á pechos tenía el Divino fundador de la Iglesia; y el obispo que no gobierne la porción de la grey á él cometida conforme á los principios de la caridad y de la obediencia, caerá como la rama separada del tronco, se secará como el arroyo cuya corriente se corta del manantial [1]

Para consolidar esta unidad, observa S. Leon, (2) á pesar de haber sido igual la

[1] S. Cyprianus, passim.

[2] Ep. 83.

elección de los Apóstoles, confirió Jesucristo á uno de ellos el primado de honor y de jurisdicción. A ejemplo de ésta, añade, nació cierta distinción entre los obispos, y con sábia providencia se dispuso que no todos se arrogaran igualmente toda potestad, sino que ántes bien hubiera en cada provincia uno que entre sus hermanos obtuviera el primer lugar, y que en las ciudades de mayor preeminencia, hubiera prelados de mayor categoría, por cuyo medio el gobierno de la Iglesia universal se reconcentrara en la silla de Pedro, *per quos ad beatam Petri sedem universalis Ecclesiae cura conflueret*.

La divina Providencia, que ordenó con tiempo la formación del vastísimo Imperio Romano, para mejor facilitar la constitución de la Iglesia, cuyo centro había de ser Roma, dispuso también el gobierno de aquella inmensa potencia, de modo que sirviera para organizar las iglesias particulares, de tal suerte que estuvieran en perfecta dependencia de la Silla de Pedro. Conforme á las leyes y costumbres romanas, había ciertas ciudades principales, llamadas *madres ó matrices* de las demás que constituían la provincia, en las cuales residía un magistrado superior, y á las cuales (según la expresión del Concilio Antioqueno) concurrían de todas partes, cuantos tenían negocios comerciales, administrativos ó políticos: *propter quod ad metropolim omnes undique qui negotia videntur habere concurrunt*.

Del mismo modo, pues, que al establecerse Pedro, por orden divina en la Ciudad de Roma, encontró en ella ya reunidos todos los elementos necesarios para constituirla Capital del Mundo Cristiano, como lo era del pagano, así también en las diversas metrópolis del inmenso Imperio halló ya preparados cuantos elementos se requerían para formar centros jerárquicos, que facilitarían la unidad. Vemos, por tanto, que en Alejandría, metrópoli de Egipto, constituyó obispo al Evangelista San Marcos, con preeminencia sobre todos los Prelados de aquel territorio. En Babilonia, donde residía el Patriarca he-

reditario de los judíos de la primera dispersión, instaló igualmente á un Patriarca cristiano que apacentara los rebaños de las provincias del Ponto, Galacia, Asia y Bitinia.

San Pablo, siguiendo las mismas huellas, nombró á su predilecto discípulo Tito metropolitano de toda la isla de Creta, con potestad de consagrar obispos en las diversas ciudades de la misma isla. Por último, vemos en el Apocalipsis que en Efeso metrópoli civil del Asia llamada proconsular, había ya un metropolitano cristiano, que era el primero entre los siete ángeles ú obispos á quienes fueron dirigidas las admoniciones que con tanto terror leemos en el inspirado libro del Profeta de Patmos. Tanta era la conveniencia de seguir en el establecimiento de provincias y metrópolis eclesiásticas la división civil del imperio, que aun Jerusalem metrópoli de la fé, como la llama San Cirilo, Jerusalem cuyo primer obispo había sido el grande Apóstol Santiago, Jerusalem misma estuvo largos años sujeta á Cesarea, capital de la provincia de Palestina. Más tarde disputándose Viena y Arles los honores de la primacia, el Concilio de Turin decretó que aquella que pudiera probar ser la metrópoli civil, fuese igualmente la metrópoli eclesiástica.

Largo sería y poco provechoso en estos momentos, mostraros que tal ha sido en todos tiempos la práctica de la Iglesia. Baste recordaros que México, capital de la Nueva España, Lima capital del Perú, Bogotá de Nueva Granada, Caracas de Venezuela, fueron constituidas metrópolis de provincias eclesiásticas que correspondían á las demarcaciones políticas. Con todo, excepciones, y no pocas, ha habido en esta ley que la Iglesia tan sabiamente se impuso. Así tenemos que en España, se reconoce como metropolitano al Prelado de la ciudad poco importante de Tarragona, Obispo de la populosa y opulenta capital de Cataluña, y el que no sólo es Obispo de Urgel, sino Príncipe soberano de Andorra.

Cerca de nosotros hallamos que el me-

tropolitano de Guatemala tiene un sufragáneo en cada una de las Repúblicas independientes de Honduras, el Salvador, Costarrica y Nicaragua. Sin salir del Nuevo Continente, notamos que el Obispo de la capital del Brasil reconoce por metropolitano al de la ciudad secundaria de Bahía.

A pesar de los graves inconvenientes que esto produce, la Iglesia ha tenido serias razones para apartarse de una práctica que se remonta hasta los tiempos apostólicos y que tan palpables ventajas ofrece.

Cuando se trató por primera vez de erigir en México mayor número de metrópolis, se pensó ante todo en Puebla de los Angeles, regida entonces por el Ilmo. Sr. Labastida de imperecedera memoria. No obstante, las que alcanzaron este honor fueron la diócesis de Michoacan, ilustrada por el venerable Vasco de Quiroga, y antigua cabeza del reino poderoso anterior á la conquista, y Guadalajara, verdadera metrópoli de Occidente, y que ha tenido en alguna época aspiraciones á completa autonomía política.

Más tarde las nuevas vías de comunicación abiertas en el Sur de la vecina República, y en el Norte de la nuestra, hicieron de Monterrey un verdadero centro, y no faltó quien creyera que era urgente su erección en metrópoli eclesiástica. Eran más fáciles en esa época, más rápidas y más seguras las relaciones postales entre la Capital del mundo y la de la diócesis de Linares, que entre la misma Roma y cualquiera otra ciudad de la República Mexicana. Por este motivo, parecía designada para servir de intermediaria y estrechar más y más esa unión con el centro en que estriba la unidad de la Iglesia Católica. Además reunía aquellas condiciones que desde los tiempos primitivos exigía el concilio de Antioquia, conforme á las palabras antes citadas, puesto que á ella concurrían de todas partes para negocios de toda especie. Quien mejor que nadie conocía estas circunstancias, hizo llegar su voz hasta el trono del Sumo Pontífice; pero se

hallaba Leon XIII en los principios de su reinado, y no quiso aventurarse desde luego decretando una nueva división eclesiástica.

Al fin se decidió, y vais ahora elevada vuestra ciudad á un rango que tanto importaba. Ese entusiasmo que manifestais, ese regocijo tan espontáneo y universal, demuestran claramente que bien comprendéis la importancia del favor que os concede el Romano Pontífice. Pero, bien lo sabéis, todo honor trae anexos deberes correlativos; y cuando la posición no corresponde al título que se lleva, éste se convierte en una sombra vana, que lejos de elevar, rebaja á los ojos de Dios y de los hombres. Permitid, pues, á vuestro antiguo Prelado, que os exhorte á no limitar vuestra generosidad y vuestro entusiasmo á manifestaciones pasejeras, que por mucho que os honren, no dejan huella alguna ni consolidan vuestra Iglesia. Mucho avanza Monterrey en lo material; es fuerza que lo hagáis progresar igualmente en lo espiritual. Hay entre vosotros nuevas fábricas, jardines, establecimientos mercantiles é industriales: es preciso que se aumente de igual manera el número de vuestros templos, y que no os contentéis con erigir capillas pequeñas, ó con hacer vuestras construcciones con la lentitud hasta aquí acostumbrada.

Apénas cabeis en esta catedral; esto es altamente satisfactorio, pero os indica que es indispensable hacerla más grande; y puesto que terreno tenéis, y sobrado, por qué no poneis manos á la obra? Es fuerza que con más generosidad que hasta aquí consagréis vuestros hijos al santuario: no expongáis á vuestro metropolitano á la vergüenza de ir á mendigar en las diócesis sufragáneas ó fuera de la provincia, sacerdotes de que carece por falta de vocaciones en su propia diócesis. El escaso cabildo, suficiente apénas, cuando no era ésta sino una Iglesia secundaria, es menester que se aumente; para ello se necesita que se acrezcan las rentas, ya sea con oblaciones generosas de parte de los comerciantes, mineros y le-

trados: ya sea con el cumplimiento de obligaciones casi olvidadas de parte de propietarios y agricultores.

Perdonad la franqueza con que os habla quien fué vuestro Obispo. A ella lo mueve el deseo de veros prosperar más y más, y el temor de que alguna de las hijas de la nueva metrópoli pueda ensoberbecerse y clamar que es mayor que la madre.

II

Réstame deciros pocas palabras acerca de la insignia del Sacro Pálio que dentro de breves instantes veréis circundando el pecho y las espaldas de vuestro Pastor. No hace mucho que en el día consagrado á la insigne Virgen y Mártir Santa Inés, cuyo nombre significa cordera sin mancha, dos blancos corderitos se veían en su basílica extramuros de Roma, colocados sobre su altar y recibiendo bendición especial. Llevados luego en triunfal procesión hasta el palacio Vaticano, eran de nuevo bendecidos y acariciados por el Vicario de Jesucristo, y conducidos al sagrado recinto de cercado monasterio, en que alaban continuamente al Señor vírgenes ligadas al divino Esposo con sacrosantos votos. Allí crecieron, allí cayó bajo la tijera de las religiosas su rico vellón, allí fué por éstas tejida su finísima lana. De ésta se formó la insignia que teneis delante de los ojos, y colocada sobre el sepulcro de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, de allí se tomó para ser bendecida por el Sumo Pontífice, volviendo de nuevo á la caja de cro que la ha conservado sobre la misma tumba de los dos Príncipes del Senado Apostólico. A la triple instancia del apoderado de vuestro nuevo Arzobispo, la entregó al mismo el cardenal protodiácono y la envió á su futuro dueño para hacérsela imponer por el Obispo que él designara.

No fué siempre el sagrado palio el exiguo ornamento que ahora contemplais, ni se acostumbró siempre enviarlo á todos los metropolitanos. Como su nombre lo indica, era un verdadero y riquísimo manto, que llevaban Pontífices y

Emperadores, y tan largo que, (según refieren los anales eclesiásticos), Anastasio pisó una vez la flotante cauda del que portaba el Patriarca Germano, para obligarlo á caminar con paso más rápido en la solemne procesión de que ambos formaban la parte más escogida. Empezó el Romano Pontífice á conferirlo primero á los Obispos de los alrededores de Roma, que de él más directamente dependían, luego á los que nombraba sus vicarios ó Delegados en diversos países de Occidente; después á algunos Obispos para quienes lo pedían soberanos beneméritos de la Iglesia. Así es que á instancias de Recaredo, se envió á San Leandro Obispo de Sevilla, y de los de San Eduardo de Inglaterra, se confirió á los Obispos de Londres y York. Conforme á la Disciplina actual de la Iglesia, se envía á todos los Arzobispos que tienen verdadera jurisdicción, y á algunos Obispos privilegiados.

En la oración que al bendecir el palio pronuncia el Soberano Pontífice, se declara en breves y elocuentes sentencias el significado y objeto de esta insignia de honor. Sea para el agraciado (dice) símbolo de la unidad, y señal perfecta de la comunión con la Sede Apostólica, *sit ei hoc symbolum unitatis, et cum Apostolica sede communionis perfecta tessera*. Sea vínculo de caridad y medida que circunscriba su herencia divina: *sit charitatis vinculum et divinae haereditatis funiculum*. Sea prenda de su eterna salvación, para que en el día de la venida y revelación del Dios Todopoderoso, y del príncipe de los Pastores, Jesucristo, juntamente con las ovejas á su cuidado cometidas, se revista con la rica estola de la inmortalidad y de la gloria: *ut in die adventus et revelationis magni Dei, pastorumque Principis Jesu Christi, cum ovibus sibi creditis, stola potiatur immortalitatis et gloriae*.

Éstas son las plegarias que hoy repetimos por el Pastor de Linares cuantos nos hallamos congregados bajo estas bóvedas. Tales son las bendiciones que sobre su cabeza implora en silencio el ve-